



Vista de la Tienda de Lohan.

LEYENDA DE VIRGILIO

PRESENTADO COMO HECHICERO.

Los hombres pensadores se admiran de la leyenda de los hechos maravillosos de Virgilio, tradición de la edad media, que todos los antiguos cronistas han exornado á su antojo, y que nos presenta como un gran mágico al que no fué otra cosa que un gran poeta. ¿Será esto debido á la admiración que inspiró? ¿Habrá dado solo margen á ello su égloga cuarta, que basa en una profecía del nacimiento de Jesucristo? ¿Ó será por ventura su única causa, la aventura de Aristeo y las mágicas descripciones del libro sexto de la *Eneida*? Tal es la opinión de algunos sabios. Pero Gervasio de Tilbury, Vicario de Beauvais, el poeta Adenes, Alejandro Neckam, Graciano de Ponto, Gauthier de Metz y cien otros cuentan de él mil prodigiosas aventuras que parecen una página arrancada de los maravillosos cuentos de las *Mil y una noches*.

Creemos haber dado con el origen de esta leyenda sobrenatural. De la propia suerte, que se ha confundido al doctor Fausto, el célebre mágico, con el inventor de la imprenta, asimismo ha podido equivocarse á un contemporáneo de Peppin-le-Bref, Virgilio, obispo de Salzburg, con el poeta de la corte de Augusto. Lo que nos parece que viene muy en apoyo de nuestra asercion, es que los autores de las leyendas hacen del bello, del elegante Virgilio, un hombre pequeño y cojo; y es sabido que el obispo Virgilio era contrahecho, y tenía extraordinario talento: nacido en Irlanda segun unos, en los Ardenes segun otros, llegó, solo merced á su mérito, á la alta dignidad del episcopado. El fué quien sostuvo la existencia de los antipodas, y como se ocupaba de la astronomía y de las ciencias físicas, dejó un renombre de hechicero profundamente adherido á su memoria. El sabio obispo tenia idéntico nombre que el gran poeta; ha podido muy bien hacerse uno solo de dos nombres, y todo lo demás haber sido obra del tiempo. Otra razon aun mas en prueba de lo que decimos es que una de las leyendas del autor de la *Eneida* se titula: *Los hechos maravillosos de Virgilio, hijo de un caballero de los Ardenes*: esta leyenda es la que refiere mayor número de cosas extraordinarias.

Vamos á ofrecer á nuestros lectores una breve reseña de la referida leyenda, que era mirada como verdadera historia por nuestros antepasados, hace quinientos años. Existían

aun tantos creyentes en el décimo séptimo siglo que, Gabriel Naude, en su *Apología de los altos personajes acusados de magia*, se creyó en la obligación de refutarla con seriedad. Aun se halla palpitante en Nápoles, en donde cuenta con sobrada buena fé el pueblo muchos trozos de ella.

Virgilio, segun las tradiciones históricas, nació en Andes, pequeña aldea cerca de Mantua, el año de Roma 684, sesenta antes de Jesucristo. Segun las autoridades de los siglos once y doce, no puede fijarse con exactitud el lugar de su nacimiento. Pero casi todos los autores de leyendas concuerdan en decir que era hijo de un valiente caballero, tan hábil mágico como terrible hombre de guerra.

El nacimiento de Virgilio se anunció por un temblor de tierra que lo trastornó todo; y algunos lo esplican diciendo que el caballero de que lo hacen hijo no era otra cosa que un demonio incubo; tal fueron el padre del encantador Merlín y el padre de Roberto el Diabolo.

Como el niño se mostrara desde sus mas tiernos años, sutil é ingenioso, lo enviaron sus padres á la escuela, en donde aprendió cuantas cosas eran á la sazón conocidas. Ya crecido en años, un dia que se paseaba al acaso, pensando en su madre, á la sazón viuda (porque el caballero á quien debió la vida habia desaparecido, sin que se supiese á donde hubiese ido), entró en una gruta profunda, abierta al pié de un viejo peñasco. No obstante la profunda obscuridad, avanzó hasta su fondo. Oyó una voz que lo llamaba; miró en torno suyo, y en las tinieblas de que se veia circundado nada distinguió. Pero la voz, dejándose percibir de nuevo, le dijo: No ves ante tí una piedra que obstruye una abertura?

Virgilio la tocó con la punta del pié y respondió:

—Creo verla en efecto.

—Quítala, respondió la voz, y déjame salir.

—Pero, ¿quién es el que así me habla?

—Soy el diablo, á quien una mano poderosa ha encerrado aqui hasta el juicio final, á menos que me liberte un joven virgen aun. Si me sacas de aqui, como está en tu mano el hacerlo, te enseñaré en cambio la magia; serás dueño de cuantas riquezas existan en la tierra, y no habrá ser alguno tan poderoso como tú.

—Euséñame primero la magia y el secreto de todos los libros ocultos, le respondió el estudiante; y despues de esto te ofrezco que quitaré la piedra.

El diablo hizo con buen deseo cuanto le exigían. En menos de una hora, se convirtió Virgilio en el hombre mas sábio del mundo y en el mas hábil de los mágicos. Cuando

hubo sabido cuanto deseaba, impelió la piedra con el pié; y por la abertura, que no era mucho mas ancha que el espacio ocupado por dos manos, salió entre una manga de humo blanquecino un hombre muy corpulento, á quien al instante vió en el suelo de pié.

El jóven adepto no comprendió al pronto como hubiese podido pasar un cuerpo tan enorme por una abertura tan estrecha. «No es posible, dijo, que hayas pasado por ese agujero.»

—Y no obstante, es verdad, le contestó el diablo.

—Pues estoy seguro de que no volverías á pasar!

—¡Oh! lo que es eso, con la facilidad del mundo.

—Te agosto á que no!

El diablo picado quiso convencerle; y volviéndose á entrar por la pequeña abertura. Entonces, Virgilio, con la mayor presteza volvió á colocar la piedra; y aun cuando comenzó el prisionero á suplicarle de nuevo, marchóse veloz el estudiante, dejándolo en su obscuro encerramiento.

Al salir de la caverna, se halló Virgilio enteramente transformado. Supo por medio de su arte mágico que un cortesano del emperador habia despojado á su madre de su castillo, que el emperador se negaba á hacérselo devolver, y que ella en tanto gemía en la miseria. Inmediatamente la mandó cuatro mulos cargados de oro; y, no teniendo ya necesidad alguna de seguir estudiando, emprendió el camino para Roma. En cuanto llegó, abrazó á su madre, á quien no habia visto hacia ya doce años. Cómodo de riquezas á todos aquellos de sus parientes que habian sacorrido á la despojada viuda, que, como de costumbre, eran los mas pobres.

Cuando llegó la época en que el emperador distribuía tierras á los ciudadanos, Virgilio se trasladó á su presencia, y después de haberlo saludado, le pidió posesión de su madre en el dominio de lo que tan injustamente habia sido despojada. El emperador, después de haber oido á sus consejeros, uno de los cuales se hallaba en posesión del castillo de la viuda, respondió que no podía acceder á la demanda. Virgilio se retiró jurando que se vengaría. Aproximóse el tiempo de las recolecciones; y Virgilio, por medio de su poder mágico, hizo arrebatar y trasladar á su casa y á la de sus amigos todo cuanto iba á recolectarse en las tierras que le habian sido confiscadas.

Este prodigio originó vivisimos rumores. Era una cosa sabida el poder de Virgilio; veíasele alojado como un príncipe en un vasto y magnífico castillo, y rodeado de tantos servidores que hubiera podido formarse con ellos un ejército.

—«El mágico es quien ha hecho esto, dijeron los cortesanos.»

—«Es preciso ir á combatirlo,» dijo el emperador.

Y seguida de tropas escogidas, marchó en derecha al castillo de Virgilio, proponiéndose derribarlo y arrojar á su dueño en una dura prisión.

En cuanto distinguió Virgilio las huestes que venían á asediarlo, llamó á toda su arte en su socorro. Inmediatamente circundó su castillo de una niebla espesa y fétida, tanto que ni el emperador ni los suyos pudieron avanzar ni un paso mas. Después, con el auxilio de ciertos espejos maravillosos, fascinó de tal suerte la vista de los soldados, que todos se creyeron rodeados de agua agitada y próximos á verse sumergidos en ella.

Llevaba el emperador cerca de su persona un nigromántico muy hábil, y que era reputado como el mas sábio de los hombres en la ciencia de los encantos. Hizole venir á su presencia. Dijo que iba á destruir los prestigios de Virgilio y hasta á adormecerlo á él mismo. Pero Virgilio, que se hallaba oculto á algunos pasos en la niebla, oyó dichas palabras; y en el instante mismo, por un nuevo encanto producido con prodigiosa rapidez, hizo que fuesen todos presa de una inmovilidad tan perfecta, que el emperador y su mismo mágico parecían convertidos en estatuas.

—¿Cómo nos libterá de esto? inquirió el príncipe, sin ser dueño ni aun de mover la fisonomía.

—Eso le es dado únicamente á Virgilio, respondió con abatimiento el nigromántico.

Propusieronle por lo tanto la paz. Inmediatamente se apareció el filósofo ante el emperador. Exigió que se le diese la herencia de su padre; que fuese doblada su ostensión á esposas de los consejeros del príncipe, y ser admitido además en el consejo. El César suscribió á todo. Al momento se desvanecieron todos los encantos; Virgilio recibió al

emperador en su castillo y lo trató con magnificencia inaudita.

El emperador, amigo ya á la sazón de Virgilio, le pidió, puesto que era tan sábio y disponia de aquella suerte de la naturaleza, que le hiciese un prodigio por cuyo medio pudiese saber en todo tiempo si pensaba en revelársele alguna de las naciones que le estaban sometidas.

—De esta suerte, dijo, prevendrá todas las guerras y reinaré tranquilo.

El filósofo construyó una grande estatua de piedra, á la cual dió el nombre de Roma, y que colocó en el capitolio; después tomó el principal ídolo de cada una de las ciudades vencidas, en el templo en que los romanos recibían todos los dioses; reuniólos á todos y los colocó alrededor de la grande estatua, poniéndoles á cada uno de ellos una trompeta en la mano. Desde entonces, tan pronto como pensaba una de las naciones sometidas en revelarse, agitábase el ídolo que la representaba, se volvía hacia la estatua de Roma, y tocaba la trompeta de una manera terrible. El emperador, prevenido de esta suerte, enviaba tropas, que por tal causa llegaban siempre á tiempo. Este talisman recibió el nombre de *la salvacion de Roma*.

Virgilio sentía por Nápoles una singular ternera, habitaba mucho tiempo en aquella risueña ciudad, que hubo fundado y edificado; si seguimos la opinión de los autores de algunas leyendas. Durante un estío muy caluroso, se inundó la ciudad de un diluvio de moscas muy gordas, que invadiendo las carnicerías maleficaban las carnes. El filósofo, para contener este azote, colocó en una de las puertas de Nápoles una gran mosca de bronce; durante los ocho años que allí permaneció, impidió que entrase mosca alguna en la ciudad.

En las antiguas consejas se hallan muchos talismanes de esta especie. Fusil asegura que en la gran carnicería de Toledo, no entraba en su tiempo, sino una sola mosca durante todo el año. Bodin refiere en su *Demonomanie*, que no hay ni una sola mosca en el palacio de Venecia; pero si sucede esto, añade, es porque hay algun encanto enterado bajo el umbral como se descubrió después de algunos años, en una ciudad de Egipto, en la cual no se veían cocodrilos, y era porque habia un cocodrilo de plomo enterado bajo el umbral de la mezquita; quitósele de allí, y desde entonces se vieron espuestos los habitantes á los cocodrilos, de la propia suerte que los de las demas ciudades situadas en las márgenes del Nilo. Hoy es cosa sabida que los cocodrilos no entran en las ciudades. Pero volvamos al mágico.

Hallábase ocupado Virgilio en construir, para el emperador, baños tan prodigiosos, que cada vaso curaba la enfermedad cuyo nombre tenia, cuando una plaga mas horrosa que las moscas vino á desolar la ciudad de Roma. Era una inmensa nube de sanguijuelas, que sumiendo las casas en la oscuridad, mataba, chupándolos, á muchos ciudadanos. Recurrióse al mágico. Hizó una sanguijuela de oro y la echó en un pozo profundo fuera de la ciudad, á donde atrajo todos los reptiles.

Queriendo en seguida cautivarse la admiracion del pueblo, encendió, Virgilio, sobre un pilar de mármol, en medio del Forum, una lámpara que ardia constantemente sin que hubiese nunca necesidad de prestar alimento alguno á la llama. Era tanta y tan grata la claridad que difundía, que se hallaba Roma, en su totalidad, iluminada. A algunos pasos colocó un arquero de bronce, que tenia una flecha y un arco tendido, con esta inscripcion: «Si alguien me tocara, dispararé la flecha.» Trescientos años después, habiendo tocado un loco al arquero lanzó la flecha contra la lámpara y la apagó.

En tanto que ejecutaba tales maravillas, habiéndose presentado ocasion á Virgilio de ver á la hija del emperador, que era jóven, bella y bulliciosa, quedó al extremo prendado de ella, sin embargo de ser tan feo, cojo y filósofo. La princesa, queriendo divertirse con él, aparentó no serlo indiferente y le dió una cita de noche al pié de la torre en que ella habitaba. Virgilio acudió con exactitud. La princesa habia convenido, contando con el auxilio de su mujer de confianza, en subirlo á su aposento, valiéndose de una guarda á cuyo estremo se hallaba fija una cesta. Colórase en la cesta, y la jóven tiró de la cuerda; pero tan pronto como vió al filósofo á la mitad del camino, hizo un ruido en su ventana, y lo dejó suspendido en el aire.

Graciano del Panto atribuye esta burla, en su *Contro-*

versión del sexo masculino y femenino, no á la hija del emperador, sino á una cortesana de Roma.

A la mañana siguiente, en efecto, el pueblo que se dirigía, no á la procesion, sino al mercado, se enfadó del poeta, que no halló un alma compasiva sino hasta cerca del ocaso del día.

En cuanto volvió á verse en el suelo, apresuróse á ir á su casa; y desde ella, para vengarse de todo el pueblo que lo habia escarnecido, apagó á la vez todas las lámparas que ardian en Roma.

Anonadado el pueblo corrió al emperador. Buscósele á Virgilio. «Los fuegos apagados no volverán á verse encendidos», dijo, hasta que sea yo vengado. «Vengado de qué? —De vuestra hija. —Refirió su mala ventura; y exigió que la princesa ó la cortesana fuese en camisa á un tablado erigido en medio de la plaza pública, y que allí, con una antorcha, distribuyese fuego al pueblo todo durante tres dias, Virgilio, para consolarse en parte, se marchó á Nápoles, en donde se entregó al estudio. Entonces fué cuando puso en una de las puertas de Nápoles dos estatuas de piedra, la una alegre y graciosa y la otra triste y horrible, teniendo la virtud de que cualquiera que entrase por el lado de la primera conseguiria excelentes resultados en cuantos negocios emprendiese; pero que, al propio tiempo, al que entrase por el lado de la otra toda la saldría mal durante su permanencia en Nápoles.

Construyó un jardín en el que florecían las plantas y los árboles de los países todos del universo. Hallábanse en él todos los animales que pueden ser útiles y todos los pájaros cantores. Veíanse tambien en magníficas vasijas los peces mas bellos del mundo. A la entrada de la gruta en que encerraba Virgilio inmensos tesoros, se admiraban dos estatuas de un metal desconocido, que sacudían en un yunque con tanta melodia, que los pájaros se quedaban suspensos en el aire para oírlas.

Construyó un espejo en el cual leía el porvenir, y una cabeza de bronce que hablaba y se lo anunciaba.

No queriendo que existiesen objetos que limitasen sus miradas, habia circundado sus jardines con un aire inmóvil, que hacia las veces de muralla. Para sus viages, fabricó una especie de puente volante de bronce, en el que se trasladaba adonde queria con la viveza del pensamiento. Añádese que tambien fué debido á su arte el abrir el camino subterráneo del Pausilippo, y que murió allí.

No hemos hablado de los sentimientos de Virgilio hácia la hija del sultan de Egipto, porque no son referidos sino por el autor del libro intitulado: *Hechos maravillosos de Virgilio, hijo de un caballero de las Ardenas*, y porque era en el siglo XVI cuando escribia este cronista. Pero sí citaremos la anecdota de Osmoné acerca de la muerte del filósofo-mágico-poeta. Cuenta Osmoné, en su *Imágen del mundo*, que, próximo á emprender un viaje lejano, consultó á su Androides, es decir á la cabeza mágica que habia hecho, y que está le dijo que si guardaba bien su cabeza tendria su viage feliz; Virgilio creyó que necesitaba únicamente velar sobre su obra; y no abandonó sus Androides ni un instante. Pero habia comprendido mal; habiéndose descubierto la frente cuando se hallaba perpendicular el astro del día, fué herido en la cabeza de un rayo de sol, que le ocasionó la muerte. Su cuerpo, segun la espresion de su voluntad, fué transportado á Nápoles, en donde existe aun bajo el imperecedero laurel que lo recubre.

Los napolitanos miran la tumba de Virgilio como su paladion; ningun conquistador ha osado arrebatárselo. Creen en cuantas maravillas acabamos de referir y en otras muchas mas aun. El pueblo de Nápoles os las referirá. Pero, en sus alabanzas, no olvida nunca los prodigios incontestables de Virgilio: las *Geórgicas* y la *Eneida*.

X.

UN TESTAMENTO FALSO.

I.

La visita entre dos bucos.

Al final de un dia frio del mes de diciembre, y en que reinaba un viento glacial, dirigíase rápidamente, un caballero, hácia la entrada principal del caserío de Marstoke en el condado de Warwick.

¡Ah! ¡Walter Greville! exclamó el dueño de la morada, que á falta de otra mejor ocupacion para desechiar el fastidio, se paseaba de lo largo á lo ancho en su espaciosa sala, como un marino de cuarto sobre el castillo de popa, mirando de vez en cuando hácia el parque, á través de los claros de la reja, en tanto que le anunciaban era llegada la hora de la cena; porque, en aquella época, los señores de las campiñas se acostaban casi tan pronto como las gallinas de sus corrales. ¡Ah! ¡Walter Greville, el esforzado! por el cielo, que me encanta el volver á vorto. Y continuó para sí: ¡Qué no te sofocáran las nieblas del Sur! ¿Qué demonio habré impelido hácia aquí á este perro de mal agüero?

—Mucho me complace el hallaros con tan perfecta salud, mi buen señor Oldcraft, dijo el viagero con una voz gutural y enronquocida, descendiendo de su caballo abrumado de fátiga; con cuanta lentitud y precaucion son anexas á un hombre que parecia haber hecho entre el nacer y el morir el día, una tan larga jornada, que sus piernas habian contraído una especie de calambre y se hallaban vueltas hácia fuera como la de un perro dedicado á dar vueltas á un asador. Os halláis aquí solo ¿no es cierto, Oldcraft? dijo ya pié á tierra. ¿O bien tenéis alguna visita, ó se halla actualmente hospedado alguien en vuestra casa, á mas de vuestra muger?

—Estoy solo, contestó el huésped, pues hasta mi muger se halla ausente: á estas horas se encontrará en Warwick.

—¡Buena! prosiguió el otro, dejando su caballo en manos de un criado, y dándole un apretón de manos á su amigo; mejor aun.

—Pero estás pálido y aun parece que enfermo, Greville, exclamó Oldcraft; entra, entra; un vaso de vino te dará fuerzas y te reanimará; ¿sin duda ha sido muy rápida la jornada que has traído?

—Rapidísima, respondió el viagero; desde la del alba no me he distraído ni entretenido un segundo, excepto para beber, y una vez en Weedon para mudar de caballo; y me felicito mucho de ello, puesto que, quizá merced á lo precipitado de mi caminata, os halló solo, y que tengo que narraros cosas que solo pueden hablarse ante vuestro oído y el mio. Hablando así, desató la correa que sostenia su cumplida capa de viage, quitóse su ancho sombrero de castor, y conducido por el dueño de la casa, penetró en su interior, en pos de él.

Los personajes que acabamos de presentar al lector, tenían ambos bastante buena fisonomía y agradable presencia,—bellos diseños de hombres, como dice Porta,—de formas vigorosas, espaldas cuadradas y de privilegiada musculatura; ambos vestían ropas que, bajo el reinado de Isabel, eran el traje ordinario de las personas de condicion residentes lejos de las ciudades. No obstante, aun cuando llevaban trages con los colores, aberturas y bordados de la última moda, aunque sus gorgeras estuviesen almidonadas y tiesas como tablas y llevasen al costado espetones largos de cerca de cuatro pies, sin embargo, podia observarse al primer golpe de vista, que ni uno ni otro eran un *gentleman*, un hombre *comme il faut*.

Uno de ellos, á quien podemos suponer propietario de la casa y de la heredad en que con él hemos dado, puesto que de ella se hallaba en posesion, tenia una casaca bordada de varios colores y acuchillada en correspondencia con el resto de su traje; llevaba borlas enormes en los zapatos, y, como ya lo hemos dicho, las señales distintivas del hidalgo de su tiempo, el espadon y la daga á la cintura. Sus facciones no tenían nobleza alguna; y si bien indicaba su fisonomía mucha resolucion, valor y destreza, su figura no obstante se resentia esencialmente de vulgar y común; era demasiado grueso y pesado; habla tambien en sus maneras, en su persona toda, un embarazo, que ni sus vestidos ni lo elevado de su estatura era bastante á que pasase desapercibido. En una palabra, su aire era mas bien el de un hombre en el que ha recaído de súbito una gran fortuna, que el de quien la ha adquirido ó posee desde su nacimiento.

El otro, el recién venido, era un soberbio mozo de aire sombrío, é inquieta mirada; tenia la nariz agulleña y la faz á lo don Quijote; sus cabellos eran negros y crespos, y su fisonomía se hallaba inmudada y convulsiva como si le agitasen el temor continuo de que las gentes de justicia se hallasen al alcance de sus trusas y dispuestas á echarse sobre él de improviso. Parecía hoscó y presa

de mil cuidados, leyéndose distintamente en su rostro abatido, á mas de su expresion habitual, los efectos de un viage precepitado y el abatimiento de una estremada fatiga. Hallábase, de la propia suerte que su amigo, vestido con ropas bastante ricas, á la manera de un hidalgo provinciano de la época; y á mas su daga y su terrible tizona de concha primorosamente trabajada, llevaba á la cintura un par de pistolas de arzon, largas de pié y medio. Sus enormes y pesadas botas de viage, se prolongaban hasta la mitad del muslo, yendo guarnecidas de espuelas macizas, cuyos acicates poseían argumentos escesivamente persuasivos.

Así que maese Oldcraft hubo introducido á su amigo en una espaciosa sala entarimada de pino, y en cuya chimenea ardía buena porcion de leña, repitióle que habia venido en buen hora á Marstoke; y, agitando una campanillita de plata colocada sobre la mesa, ordenó á un criado que trajese, sin perder momento, vino y algunos otros refrescos.

No obstante, su convidado, despues de pasar las manos por cima de los tizonos, y sus gruesas botas por en medio de las llamas para calentarse los pies, y de instalarse con perfecta comodidad en un excelente sillón en frente del que ocupaba Oldcraft, pareció como que se olvidaba de su

que lo bebiese y tomase aliento. Walter Greville tomó la copa que se le ofrecia, é hizo razon á su amigo hasta la última gota; despues, lanzando un largo y profundo suspiro, dejóse caer sobre una silla cerca de la mesa, y ocultó entre ambas manos su rostro.

El hùesped, teniendo siempre fija en él una obstinada y escrutadora mirada, se dispuso á hacerle sufrir una especie de interrogatorio.

—Este vino es bueno, ¿no es cierto, Greville? dijo para comenzar. Vaya un segundo vaso, amigo mio, puesto que parece tienes algo nublado el ánimo. Nunca recuerdo haberte visto conmovido hasta tal extremo. No ha mucho decias que deseabas conferenciar conmigo. ¿Conservas aun en el corazon algun resto de aquella antigua impresion de que venias á hablarme? Yo creia que semejante asunto debería haber quedado para siempre en el silencio entre nosotros dos, ¿heín?

—Aquel negocio está y quedó concluido, respondió el recién llegado; pero han nacido de él otras cosas de las que necesito hablaros inmediatamente; cosas que no son personales. En fin, tengo necesidad de los consuelos y de la tranquilidad que podré hallar, señor, en vuestra sociedad y en vuestros consejos, sin que hable de lo oportuno que me es en este momento el abrigo de vuestro



fatiga para entregarse enteramente á la ansiedad y á los sufrimientos de su espíritu. Contragérónsele estremadamente las cejas, su rostro apareció mas pálido aun, sus ojos se hallaban sumidos en sus órbitas, y sus gestos todos espresaban la inquietud y la turbacion de su ánimo. Tembló como un criminal cuando el criado abrió la puerta para traerle el vino y los demas refrescos: al cruzarse sus miradas con las del lacayo separólas con espanto, y, aproximándose á la ventana, pareció como que esperaba con ansia la furiosa nevada que amenazaba caer; despues, volviéndose bruscamente al lado del faego, permaneció profundamente absorto en sus penosas meditaciones.

Oldcraft observó á su hùesped con mirada fija durante cierto espacio de tiempo, sin interrumpir su sueño. Parecía como que descubria en la preocupacion de éste alguna cosa que no era enteramente de su gusto, porque sus palabras habian cedido en mucho de su cordialidad cuando, al escanciarle un vaso de vino, le instó al viajero á

techo. Aquí vengo, maese Oldcraft, á reclamar vuestra hospitalidad, porque emprendo un viage al Oeste. Ya veis que no echo mano de ceremonia alguna en la forma, y que tampoco tengo escrúpulo en invitarme á mí mismo. Por lo demas, en cuanto á esto, nos conocemos bastante para que os diga que conviene á mis intereses tomar el aire del Warwickshire durante algunos meses, y que nadie me vea durante este tiempo, así como tambien que *debe* conveniros el responder: Walter Greville, seas bien venido á mi casa.

—No necesitas evocar las sombras de la tumba, para valerme de las espresiones usadas por nuestro nuevo poeta de Stratford, respondió el hùesped, para decirme eso, Greville. Casa de batir los montes; descubre tu secreto, y sepa de una vez si es que puedo auxiliarte en algo. ¿Qué nuevo crimen es ese, que tan enormemente pesa sobre tu conciencia?

—Aun cuando me faltan espresiones con que explicar-

me, Oldcraft, dijo al viagero, necesito... sí, es preciso que te lo refiera todo, ó de lo contrario me moriría.

—Maldito endemoniado! murmuró Oldcraft, lo que hace el ser tonto!... Qué, tu insaciable codicia, dijo en alta voz con alguna amargura, no contenta aun con la fortuna que conmigo compartiste, te ha impedido de nuevo al torbellino del juego? ¿Acaso te han despojado las deudas de cuanto poseías y con tanta sordidez habías acumulado liar tras liar, y semejante pérdida te ha trastornado el juicio? Vienes por tal razón llorando, á confiarme tu mala estrella, y á exigirme de nuevo tu parte, imaginando, según acabas de darme á entender, que no osaré rehusártela?

—No, por vida mía! objetó al otro con la gruesa voz gutural que le era peculiar, nada tenía que temer respecto á este punto. Sumido quisiera verme en la miseria hasta la barba, con tal de que lograra verme libre del crimen que ha cometido. Soy dos ó tres veces más rico, Oldcraft, que cuando nos separamos. Pero, maldita sea la hora en que lo fui! malditas las acciones que de ello me han hecho poseedor! por qué he cometido un crimen atroz para obtener estas riquezas, y la mano del cielo pesa sobre mi cabeza! Oldcraft, ambos seremos castigados!...

Oldcraft, por sobrenombre Sin-Miedo, había tomado el título de escudero de Marstoke-House, en el condado de Warwick, habiendo llegado á esta dignidad de simple procurador que había sido en Londres, y después de haber contado las horas durante muchos años en Briderell-Dock. Era, en toda la estension de la palabra, un hombre usado y frío, y en esta ocasion la imperturbable sangre fría de su carácter se mostró escudándose á sí propio. No retrocedió horrorizado ante la brusca declaración de Greville; tampoco se puso en guardia para contener al criminal después de una confesion sobradamente explícita, quizá tenía sus razones para ello. Pero, fuere por lo que quisiere, es lo cierto que en un principio se mostró á lo sumo tranquilo; de pié ante él, enfrente de la inmensa chimenea gótica, se mantenía el atlético visitador nocturno, cuyo perro, pronto á defender á su amo, se arrastraba refunfuñando por el suelo. En cuanto á Oldcraft, siempre sentado, el cuerpo inclinado, el puñal en una mano, una pistola armada en la otra, y la vista fija sobre su importuno huésped, parecía hallarse bien dispuesto á recibirlo.

Levantóse, por último, de su asiento con la sonrisa en los labios, dirigióse hácia la puerta de la sala entarriada en que se hallaban encerrados, la abrió rápidamente cuando grande era, dió uno ó dos pasos por el aposento, girando velozmente los ojos de izquierda á derecha; después de lo cual, volviendo con suma tranquilidad á ocupar su asiento, tomó la campanilla de plata, y la agitó con un aire al parecer muy satisfecho, para llamar á un criado.

Walter Greville, no obstante, seguía con la vigilancia del gato, todos los movimientos de su confidente. Habíase apoderado convulsivamente con la mano derecha de la culata de una de las pistolas pendientes de su cintura, como dudando de la fidelidad de su amigo; pero cuando Oldcraft volvió á entrar en el aposento, observó con su mirada de águila el movimiento de Greville, y le indicó que abandonase aquel arma, antes de que el criado acudiera á recibir órdenes.

—Tengo, le dijo al criado cuando hubo entrado, negocios importantes que arreglar con mi amigo; se halla muy fatigado á causa de un prolongado viaje, hacedle encender una buena lumbre y disponedle cama en la habitacion que tengo destinada para hospedar á mis mejores amigos; que le sirvan de cenar sin dilacion, vos colocareis en la mesa todo cuanto hayamos menester, después de lo cual os retirareis; practicareis vuestra ronda para mayor seguridad, y en cuanto todo se halle bien cerrado, nos dejareis solos el resto de la noche. Cuando tengais algo reparadas las fuerzas, Walter-Greville, añadió en cuanto salió el criado á apresurar la cena, continuaremos nuestra conversacion; de aquí para entonces puedes adquirir calma y tranquilidad vuestro espíritu. Como dicen los escoceses, no hay conversacion posible entre un hombre satisfecho y otro hambriento.

Concluida la cena, levantóse el huésped, tomó al propio tiempo las pistolas de su convidado, colocólas en la mesa detrás de un sillón, y descolgando una enorme pipa, grabada y esculpida con extraordinario arte, le llenó con todo cuidado y tranquilidad de esa hoja embriagadora, que á la sazón comenzaba á hacerse moda, y, volviendo á

colocarse en su silla de descomunal respaldo, lanzó, en tanto que se disponía á escuchar la narracion de su amigo, nubes tan espesas de humo, que la voz podía llegar muy bien hasta él, á través del fuego animado que incesantemente alimentaba, pero la fisonomía de su interlocutor y aun su persona toda se hallaban completamente eclipsadas y ocultas detrás de la nube.

—Preciso será, dijo Greville, que comience mi historia desde la época en que me marché de aquí. Después que conseguimos hacernos dueños de estas posesiones, que hubimos enterrado á sir William Marstoke, y que, ganado el proceso que sabéis, tomásteis domicilio aquí en el Warwickshire, os quedásteis vos con los bienes, y yo recibí mi parte en dinero contante; convengo en que la particion fué equitativa, y nunca he tenido por qué quejarme de la manera con que fué hecha.

—En buen hora, sois razonable, mi querido amigo, espuso Oldcraft, vamos, me complazco en que me hagais justicia en esto, como yo os la he hecho á vos en otros puntos; pero continuad, lleguemos á la historia y sed breve, dejad á un lado los cumplimientos, no los necesito de suerte alguna, y si mucho el cerciorarme de los hechos.

(Continuará.)

DESCRIPCION DE LA CAVERNA DE SAN PEDRO, INMEDIATA Á MAESTRICH; SACADA DEL VIAJE Á HOLANDA Y LA BÉLGICA, QUE HA PUBLICADO POCO HÁ SR. GILBERT ESCRITOR INGLÉS JOHN MURRAY.

Después de haber recorrido las fortificaciones de Maestrich, seguimos la orilla pintoresca del Mosa; y al cabo de una media hora llegamos al pié de una colina, sobre la cual está construido el nuevo fuerte que defiende por este lado las inmediaciones de la ciudad. Aun teníamos que atravesar un bosquecillo para llegar hasta la entrada de la caverna, cuando se ofreció á nuestra vista un número tan copioso de viageros, que estuvimos por volvernos atrás, recelando que tanta gente reunida nos impidiese hacer las observaciones que teníamos meditadas. Sin embargo los guías nos hicieron seguir adelante; y encendiendo nuestros hachones, nos lanzamos con ellos en las entrañas de la tierra.

Mudamos repentinamente de temperatura, lo cual, si bien nos causó alguna sensacion al principio, no nos maravilló, aunque la transición era algo violenta; pues el termómetro de Reaumur que fuera estaba á 23.º, bajó á 11 en el interior de la caverna. En aquellas densas nieblas, cuya profunda oscuridad apenas podía aclararse con las trémulas luces de los hachones, descubrimos una gruta de 32 pies de ancho sobre 44 de alto. Desde ella nos encaminamos por un sendero abierto á pico horizontalmente en la roca, que tenía de altura en parte 6 pies, y en otras 20. A derecha é izquierda distinguimos otras galerías semejantes sin abertura alguna lateral. En el fondo tenebroso y horrible de estas escavaciones se oía la voz humana, ya resonar como un áspero chillido, ya prolongarse á manera de un agudo y penetrante silvido, según la desigualdad de las superficies repercutivas.

Después de media hora de marcha descubrimos otros caminos largos, mas ó menos anchos y cuya bóveda tenía 20 á 30 pies de elevacion. Estas calles subterráneas abiertas por las manos de los hombres hace dos mil años, y que van en aumento cada dia, se estienden sobre un radio de seis leguas de longitud y dos de anchura: sus líneas se cortan y cruzan en tan diversas direcciones, que el hombre mas osado se espanta á vista de este horroroso laberinto; y aun los operarios mismos que trabajan en estas canteras, no podian acertar con la salida, á no ser por el instinto de sus perros y sus caballos; por cuya razon no nos atrevimos á examinarlo todo. La oscuridad y el silencio que reinan en aquel subterráneo son tan profundos, tan intensos, que uno se cree fuera de los confines del mundo, en el seno de la nada, en una tumba inmensa. Toda una nacion podría alojarse en aquellas espaciosas galerías, si tuviesen luz y bagajes. Corre por cierto, que durante las guerras sangrientas que asolaron los Países-Bajos, fueron allí á refugiarse muchas veces los habitantes de Maestrich y de sus cercanías.

Segun nos internábamos, íbamos haciendo observaciones

sobre la calidad de las paredes y bóvedas de las galerías: la superficie de algunas era desigual y escabrosa; la de otras al contrario lisa y tersa como si se hubiera pulimentado con arte. A veces encontrábamos cavidades donde, entre la arena de las piedras estraidas por los trabajadores, se descubrían incrustaciones de conchas y plantas y pescados fósiles, reliquias de un mundo antiguo; por los cuales se echaba de ver que el mar había cubierto en otro tiempo aquellos lugares. La configuración particular de la mayor parte de aquellos objetos nos revelaba también una grande antigüedad, y la destrucción de antiguas castas de animales, como también de especies antiguas de conchas y plantas. Para analizar y clasificar aquella grande multitud de testáceos, moluscos, pescados, madreporas, pólipos, etc., hubiéramos necesitado largos días; y así nos contentamos con tomar muestras de varios objetos. Lo que llamó particularmente nuestra atención fueron los restos de una especie de saurio gigantesco, del que sacamos dibujo, y según los diversos trozos que de él pudimos reunir, juzgamos que este animal debería de tener, por lo menos, de 35 á 40 pies de largo.

Los guías nos hicieron detener en un sitio llamado la Fuente: era esta un manantial ó chorro de agua que brotando del pié de un árbol fósil, comprimido por dos rocas enormes iba á caer en un grande estanque formado por la naturaleza en un banco de arena, y á cuyo orilla nos sentamos.

La imagen del caos que teníamos presente, el silencio que guardábamos, las luces de los hachones reflejadas por las aguas móviles del estanque, daban á aquella escena un aspecto mágico, mas fácil de sentirse que de pintarse. Las piedras de que se compone el interior de esta caverna son de una arena cuarzosa de granos pequeños unidos entre sí por una sustancia calcárea. Esta piedra reducida á polvo es objeto de un gran comercio; pues llevada á Holanda y Alemania se emplea allí en beneficiar las tierras y en otros muchos usos. Después de haber descansado un corto rato entramos en una galería, cuyas paredes revestidas de brillantes estalactitas nos suministraban nuevos objetos de observación; pero un encuentro fatal que tuvimos no nos permitió llevar adelante nuestras indagaciones geológicas.

Fué el caso que habiéndonos internado algo mas, disertando sobre lo que se nos presentaba á nuestros ojos, descubrimos en medio de la galería un objeto que á primera vista nos pareció una piedra que había caído de la bóveda. Nuestro conductor, que nunca había entrado en esta galería, aunque hacía veinte años que se ocupaba en servir de guía á los viajeros, se adelantó con intrepidez; mas apenas distinguió bien el objeto, cuando retrocediendo con espanto gritó: es un hombre. Acercámonos inmediatamente para socorrerle, y nos encontramos con un esqueleto, una verdadera momia conservada perfectamente por el aire seco de la caverna y la falta de insectos; sus vestidos estaban intactos; un sombrero de tres picos se veía cerca del cadáver. el cual tenía en la mano derecha un rosario. La contracción de sus miembros nos hizo suponer que este desdichado, habiéndose perdido en aquel espantoso laberinto, murió víctima del hambre. Por la forma del traje inferimos que pudo suceder su muerte á mediados del siglo XVIII. Volvimos atrás por no experimentar igual suerte, á pesar de la seguridad que procuraba inspirarnos nuestro conductor.

Absortos con las reflexiones que nos sugeria tan desagradable encuentro, no pensamos ya en nuestras disertaciones científicas, sino que íbamos retirándonos lenta y silenciosamente, cuando el guía nos despertó de este ensueño con las siguientes palabras: «Vean Vds., dijo, sacudiendo su cabeza, el sitio donde todos los viajeros dejan escrito su nombre. En este largo catálogo de inscripciones hallarán Vds. las firmas autógrafas de los hombres de todos tiempos, confundidas con las de otros desconocidos.» En efecto, recorrimos aquellas lápidas inmensas, verdaderos anales de la caverna de san Pedro, que nos suministraron materia para nuevas reflexiones de distinta especie que las anteriores.

Aquella multitud de inscripciones acompañadas de fechas que abrazan un periodo de mas de diez siglos; aquella variedad de caracteres, y el ayuntamiento de nombres pertenecientes á personas y épocas tan distintas; la edad media contrapuesta á la antigua; y realzada con aquellas mágicas é imponentes letras S. P. Q. R.; las sentencias de los filósofos; los afectados versos de los poetas; las biocadas frases de los prosistas; las místicas estrofas de los alemanes;

los epigramas picantes ó fanfarrones de los franceses; en suma todos aquellos garabatos, aquella confusa mezcla de nombres y de cosas, de abstracciones y de realidades, ofrecían á nuestros ojos un verdadero cuadro de la sociedad moderna y de sus costumbres. En medio de esta confusión de nombres propios buscábamos el de Napoleón, pero en vano, pues según nos dijo el guía una mano enemiga lo había borrado en 1815.

Nosotros aumentamos la lista de los viajeros con nuestros dos nombres oscuros, y nos apresuramos á salir de aquel maravilloso subterráneo, donde habíamos pasado cerca de cuatro horas, enriquecidos con una preciosa colección geológica.

Del diamante.

Destinada por los hombres esta bella creación de la naturaleza, así como lo creado por ella, para objeto de su estudio, merece además llamar nuestra atención por el gran mérito y belleza que como adornó tiene: el primer deseo de unos y otros es conocerla; su imitación ha llegado á un estado tan perfecto, que sin apelar á los caracteres esenciales con que la ciencia la determina, es imposible alcanzarlo; esponer estos, su composición é historia es el fin que nos hemos propuesto, aunque en compendio; procuraremos no omitir nada de lo mas interesante que respecto á ella se sabe.

El diamante para la generalidad es la piedra preciosa (*gemma*) de mas valor: el químico, hallada su composición á cuyo resultado en sus constantes ensayos ha aspirado, no ve en él mas que *carbón puro*, de corta importancia, por sus escasísimas aplicaciones en general y en particular, en la esencia á que está consagrado; el naturalista, admirando propiedades en él, de que carecen los otros seres del reino inorgánico, su escasez, causa así como la moda de su escaso precio, dedicóse con fervor á su estudio y ha llegado á caracterizarle de tal modo, que apesar de la semejanza de caracteres con algunos otros seres del mismo reino, con los que él posee, y apesar de la identidad á primera vista de los falsos (*strasi*) con él, le llega á conocer sin grandes esfuerzos, distinguiéndole perfectamente de ellos. Conocido de la antigüedad, dióle esta el nombre de *adamas*, y el tiempo, reformando muchas de las voces de nuestra lengua, apoderose de esta para refundirla en la de *diamante* (indomable) con que vulgarmente y en el comercio se le conoce; la mineralogía le designa también con esta voz, aunque admite la de *carbón puro cristalizado* que esta ciencia le ha aplicado, tratando de sistematizarle como ha hecho con los demás seres. El diamante es un cuerpo vítreo, dotado de un *brillo sui generis*; espuesto á la llama de una bujía, produce unos destellos hermosísimos, cuya propiedad la imitan los falsificadores cargando los vidrios de óxido de plomo (*strase*), causa por la que como caracter mineralógico es de poco interés; es tal la fuerza con que refracta los rayos solares, que es la admiración del vulgo y lo que hizo decir á Neuton, que en su composición debía entrar alguna parte combustible, anuncio muy grande y de doble laurel para este hombre pródigo por la naturaleza en el ramo de las ciencias físicas; desde entonces se le separó de las tierras y piedras en que estaba comprendido, y que atendiendo á los caracteres wernerianos (1) de esta clase, con tanta razón se le había colocado. Espuesto á la acción del sol durante algunos minutos y pasándolo repentinamente á la oscuridad, fosforesce, único individuo del reino á que pertenece, que lo verifica por *insolacion*. Lo mas frecuente es que se presente incoloro y diáfano, aunque á veces se encuentra manchado por matices amarillentos y parduscos, lo cual le hace desmerecer, temiendo que sacrificar su volumen porque desaparezean; otras, con un color azul, gris, negro (saveyarilo), rojo y verde, los cuales siendo vivos y limpios se aprecian tanto como los primeros, pero estas variedades de color, principalmente las dos últimas son poco frecuentes. Siempre se presenta en

(1) Werner y los que á este sábio han seguido, fundaban sus clasificaciones mas en los caracteres físicos como el color, brillo, etc. que en los químicos de los que, Auy, Brudant y Berzelio, etc., han obtenido tantas ventajas en las suyas: las que se siguen en la actualidad en todas las escuelas de ciencias naturales.

formas semejantes á poliedros gemoétricos: estos son el octaedro sólido de ocho caras triangulares y el de cuarenta y ocho y algunos otros hasta el número de quince, teniendo la particularidad de asemejarse á pequeñas esferas, por tener las caras, cortas y esquinas curvas y llega hasta tal punto que perdiendo su forma geométrica adquiere la irregular de *canto rodado*, en cuyo caso, así como los que adolecen de los defectos mencionados, se emplean pulverizados para labrar los otros. Es el mas duro (4) de todos los cuerpos conocidos: el los raya á todos y no se deja impresionar por ningun otro; este caracter por si solo es suficiente para llegar á conocerle y evitar á cualquier error en su eleccion, mas no nos debe satisfacer al hacer el ensayo que raye á tal ó cual cuerpo que se crea por muy duro vulgarmente, el que se haya de proveer de una *gema* de tanto valor como la que nos ocupa; debe sacrificar para este fin alguna cantidad mas que ella valga, debe quedar plenamente convencido no ha sido juguete de la malicia; para este efecto debe efectuarse *aquel* sobre un *rubi ó zafiro* de corto valor y mas duras que cualquier otro, únicamente impresionables por él; adhiriendo á esta prueba la de su peso específico, el cual es de 352 á 355, podremos llegar á su conocimiento.

Guiados por lo enunciado por Newton, al fin del siglo XVII y con objeto de baltar su composicion, se hicieron con él grandes ensayos en la academia de Florencia, en lo que intervinieron personas de suposicion como Cosme III, quien suministró diamantes para que los quemasen; valiéronse para ella de un espejo interior en cuyo foco les colocaron, y Boisi, que fué quien la estableció, publicó como resultado de ellos, que espuesto á una gran temperatura, sin que haya aire no se altera, pero cuando hay presencia de este, va sucesivamente disminuyendo de volumen hasta desaparecer; ¿cuál fué su sorpresa al encontrarse sin él, no ignorando que nada deja de existir, sino que toma una nueva forma, ¿en qué se habia convertido? estaba reservada la resolucion de este enigma á otro hombre tan ilustre como desgraciado (2), á Lavoisier: este sabio dijo que por resultado de los anteriores experimentos y los que nuevamente él habia practicado, se convertia, combinándose con el oxigeno del aire, en gas *ácido carbónico* y con esto esplicó mas que suficientemente que el diamante no es mas que un *pedazo de carbono*, no siendo esto y no existiendo él, ni cuerpo alguno que lo pudiese ceder, cómo se explica la formacion del nuevo cuerpo que habia tenido lugar durante la combustion: únicamente así. Davi, Arago, Biot y otros químicos modernos, despues de haberle estudiado, han convenido con el célebre químico del siglo XVIII, de tal modo que nadie duda ya de su naturaleza; la fuerza de *cohesion* y el estado de impureza explican muy bien, las otras formas bajo las cuales se presenta (3). Verificada su descomposicion, nada mas natural, ni mas importante, y sabiendo de qué se componía, se tratase de volver á formar: aquí se estrellaron todos los recursos de la ciencia; y no podía menos de suceder así, incapacitados de obtener el carbono libre bien en estado de líquido ó gas, ¿cómo se efectúa su cristalización? este, como otros muchos fenómenos, está reservado á la naturaleza esplicarlos; confiemos en el progreso de las ciencias, y el que tal consiga consirirá el lauro mas positivo que en el dia se conoce; el *interés*, pues á nuestro modo de ver habia descubierto la *pedra filosofal*.

Los antiguos ignoraban la manera de darle forma alguna, y por consiguiente qué grado de belleza adquiere con su talla; bajo este descubrimiento, así como otros muchos, de la casualidad, se le debemos á Luis Berguens, el que frotando un diamante con polvo de otro, halló que sus caras naturales habian adquirido mas magnitud que anteriormente tenían; iluminado con esto llegó á darle una forma caprichosa; en el dia se combina con este medio el de su

afoliacion, la que es facil, verificándola paralelamente al eje del poliedro; danle los lapidarios tres formas bien conocidas de todos, segun su volumen y la necesidad que halla de privarle de algun defecto: la primera es la de *tabla* cuando es pequeño y tiene *aqueellos*, que suelen aparecer en la operacion; la de *rosa* cuando es algo mayor y finalmente la de *brillante* para los mas voluminosos. El primer diamante pulimentado le llevaba Carlos el Temerario, el cual le perdió en una accion de guerra, viniendo á parar á poder de Luis XVII, quien entre las alhajas que dió de dote á su hija le incluyó.

Siempre se encuentra en terrenos de transporte; corrientes de rios y faldas de montañas, de formacion moderna, separado de su matriz (4) y encubierto por una costra arcillo-ferruginosa, de tal modo, que los prácticos en su recoleccion, no le conocen á veces aunque le tienen á mano; de ella le privan por medió de una locucion en agua. Sus localidades principales son la India, reinos de Goleonda y Visapur, donde hay pandillas en bastante número de esclavos, dedicados á su beneficiacion; á fines del siglo XVIII se le encontró en el Brasil, distrito de Serra-do-Frio, propiedad del reino de Portugal, de donde son la mayor parte de los que circulan en Europa, asiende la cantidad recogida cada año de 13 á 14 libras, cuyo importe cubre algunas necesidades; en Bengala, hécia la frontera del Messore, isla de Borneo, descubierto á mediados del siglo XIV, propiedad del rey de Visapur; entre todas las mas abundantes son las de Gani, Goleonda y Goni: la primera pertenece al reino de Goleonda ya mencionado, celebradísima por haberse allí encontrado los mas gruesos. En 1829 se ha encontrado tambien en Siberia, á la falda occidental de los montes Grales

El valor del diamante se gradua en bruto, por su peso (absoluto); cuando está tallado hay que tener en cuenta el trabajo empleado y el peso que ha perdido; la unmdad despues de que se hace uso para este objeto es el *quilate*, nombre que recibe en holandica una semilla de la familia de las leguminosas, y de la que se valen los indios para pesar el oro: esta unmdad equivale á *cuatro granos*. Un diamante natural de un quilate vale 102 reales siempre que merezca ser tallado; despues de verificada su talla, se valia su valor segun el *calculo* siguiente: si ha valido (natural) 292 reales se eleva esta cantidad al cuadrado y el resultado se multiplica por 144; en proporcion al aumento de volumen y belleza, puede variar esta regla, aunque no es muy frecuente.

Concluiremos haciendo mencion de los diamantes mas preciosos y de mas valor que se conocen: el mayor de todos es el del Radjah de Meltan, en Borneo: pesa 300 quilates (dos onzas) y sigue á este el del emperador del Mogol, que se le compara en volumen á la mitad de un huevo de gallina, está valuado en 44,000,000 de francos, y tendria mas valor si careciese de una grietecita que es apenas imperceptible; el de la emperatriz de Rusia, cuyo peso es de 193 quilates, fué comprado por dos millones y medio de francos y una renta vitalicia de 20,000 duros; el del emperador de Austria que pesa 193 quilates, tallado en *rosa* y de mala forma, vale 2,600,000 francos; pero el que supera á todos en hermosura, es el de la corona de Francia, llamado el *Regente*, por haberle comprado el duque de Orleans durante su regencia: está tallado en forma de *brillante*, en cuya operacion se emplearon dos años, valió al vendedor Witt, caballero inglés y bajo cuyo nombre tambien se le desigaa, la cantidad de 2,000,000 de francos, mitad del precio en que está valuado. El de la reina de Portugal sino por su gran valor, es digno de llamar la atencion como objeto mineralógico; conserva la forma natural de octaedro, y es el mayor de los criados en el Brasil.

(1) En 1834 y 1835, se ha presentado á la academia de ciencias de Paris, un cristal que dicen ser la matriz del diamante, se está cuidando en su cristalización.

(4) La dureza en mineralogía, como se habrá podido observar, tiene diferente significacion que en el lenguaje comun; se dice, en esta ciencia que dureza, es la resistencia que oponen algunos minerales á ser rayados ó impresionados por otros, por cuyo medio se ensaya; bajo esta acepcion no se opone á la *fragilidad* con lo que es compatible, como sucede en este caso, ni es semejante á la *densidad*, con lo que se le confunde.

(2) Víctima de los terreristas, fué guillotinado el 3 de mayo de 1794, á los cincuenta años de edad.

(3) Nos referimos á la Antracita y Hombagina que ya las coloca en el mismo género y especie como un *quartzita*.

Infidelidad de las mugeres entre los romanos.

En todas épocas se ha declamado con mas ó menos razón contra la relajacion de las costumbres: pero esta crítica que usada oportunamente puede ser muy saludable por su influencia moral, se ha solido convertir en exageracion ridicula no pocas veces, suponiéndose que en tiempos anteriores habian sido los hombres menos corrompidos. De ser esto cierto, deberia creerse que antiguamente la tierra habia sido la morada de los dioses, y que en decadencia progresiva, en punto á moralidad andando el tiempo habrá de venir á ser habitada de diablitos solamente.

Debemos asegurar para tranquilidad de gentes pacatas, que según nuestra experiencia, los hombres han sido, son y serán siempre los mismos poco mas ó menos. Contrayendo esta opinion al vicio del galanteo, veamos si las principales señoras romanas fueron mas modestas y punzonosas que las menos escrupulosas damas de nuestros días: creemos que en la comparacion no han de ser las últimas las que salgan peor libradas.

Julio César, jóven, de gallarda presencia y de los mas favorecidos por las mugeres, tuvo el disgusto de que supiese todo el mundo, el comercio de su esposa Pompeya con Claudio, y aunque haciéndose superior á vulgaridades no quiso enemistarse con el autor de su desdicha, tuvo al fin que repudiar á aquella que él mismo sostenia ser inocente, mas no exenta de sospecha.

No habrá hombre tan ofendido de su esposa que no pueda consolarse de semejante desgracia, al considerar que todo un Julio César no estuvo exento de ella.

Pompeyo, el famoso rival de César, este hombre grande volviendo de la guerra contra Mitridates, supo tan estrañas cosas de la conducta de su muger Mucia con Julio César, que no pudo menos de repudiarla. No obstante por eso no dejó de unirse algun tiempo despues en estrecha amistad con Julio César, ni fué obstáculo para que su muger Mucia se casase con un hombre de mejor figura que Pompeyo. Es necesario convenir en que estos grandes hombres eran muy tratables en este particular, muy despreocupados. Debe no obstante observarse que Pompeyo no fué vendido por su esposa sino en el tiempo de su ausencia, en

vez de que César lo fué por la suya á su misma vista, en la fiesta mas célebre y de mas esplendor.

Marco Antonio, el triunviro, que tenia no mérito raro para con el otro sexo, vió la infidelidad de su primera muger con Dolabela, pero no dejaron por eso de estar siempre estrechamente unidos. Hay presunciones para creer que tampoco ignoró la pasion de su segunda muger Fluvia por Augusto, que no era bastante discreto, ni tan su amigo que le dejase ignorar aquel secreto; y si es cierto que muchos han creido que estaba casado con Cleopatra, seguro es que tambien fué engañado por esta reina de Egipto, que veia secretamente á Delis, á pretesto de ser el amigo y confidente de Antonio.

El padre de Bruto, el conjurado, vió los amores de su muger Servilia con César y oyó decir públicamente en la ciudad que Bruto era hijo de aquél. Servilia era hermana uterina de Caton, filósofo tan virtuoso como ríjido; y los amores de César con ella fueron duraderos, porque no obstante otros muchos galanteos á que se entregaba Julio César, conservó siempre su aficion á Servilia, y esta se mantuvo constante á él.

Lúculo, este hombre cuya dulzura, grandes acciones y suntuosidad no fueron por nadie sobrepujadas, experimentó la misma suerte que los demas con su muger Claudia, que llevó su disolucion y la perversidad de su conducta al estremo de entregarse á su propio hermano, de un modo tan público y escandaloso que no fué ignorado de nadie.

Su padre no habia sido mas dichoso, y todos saben á qué excesos se entregó Cecilio, madre de Lúculo, en tal disposicion que fué preciso todo el relevante mérito del hijo para que su memoria no fuese vilipendiada.

Sería cuento de nunca acabar el ofrecer á la observacion crítica é imparcial de los moralistas mas apocados, cuantos ejemplos suministró la historia en punto á galanteria, que pueden inducir á creer que las costumbres modernas no son mucho peores que las de otros tiempos: los hombres siempre son los mismos.

SOLUCION DEL GENGEMFICO PUBLICADO EN EL NÚMERO ANTERIOR.

El Manzanares pasaria muy bien por caudaloso si llevara mas agua.



Los Borrachos.—Cuadro de Volquez.